

*Apéndice á las obras de San Cipriano, que consta de los analisis de las principales cartas de este mismo Padre, en las que nos dexó el Santo grandes y preciosos monumentos de la antigua disciplina.*

Desde el principio de la persecucion del Emperador Decio, empezaron los fieles en el anfiteatro y en el circo á pedir á grandes voces la muerte de San Cipriano, diciendo: Cipriano á los leones. Por estos gritos, y por la orden que recibió con un aviso del cielo, se resolvió el Santo á dexar á Cartágo, y retirarse, no tanto por conservar su vida, quanto por no irritar con su presencia los ánimos de los Gentiles. Al punto le proscribiéron, y confiscaron todos sus bienes, si algunos le habian quedado, y á este fin se fixaron carteles que empezaban: *qualquiera que tenga en su poder bienes de Cecilio Cipriano, &c.* Durante su destierro no cesó de asistir al rebaño, como buen pastor, con oraciones, ó con instrucciones por escrito. Muchas veces escribia á los Clérigos que habian permanecido en Cartágo, y en una de sus cartas dice así:

Pues la distancia de los lugares no me permite hallarme presente, os suplico que cumplais, segun lo que os dicte la conciencia, con vuestra obligacion y con la mia; de modo que en nada se falte al buen orden, ni á la exáctitud de la disciplina. En quanto á los gastos que sean precisos para alivio de los Confesores de Christo, que están en las cárceles, ó de los pobres que perseveran en la fe, no permitais que carezcan de cosa alguna; pues las sumas ó cantidades que se han ido juntando, están distribuidas á los Clérigos, no con otro fin, que el de poner en sus manos los mayores caudales que se les han podido entregar, para que de este modo, repartido el dinero entre muchos limosneros, sea cada uno de los pobres socorrido con mas conocimiento y facilidad.

Si los hermanos, por el grande fervor de su caridad, se apresuran á visitar en las prisiones á los buenos Confesores de Jesuchristo, me parece que lo deberán executar con precaucion, de modo que no vayan muchos juntos, ni en tropel, no sea que, irritados los Gentiles, nos cierren la entrada, y por el ansia de lograr mucho lo perdamos todo. Cuidado con este aviso, y aun con la advertencia de que los Sacerdotes que ofrecen en las cárceles el sacrificio en presencia de los Confesores, vayan por su turno, y acompañados de un Diácono; pues el no ver siempre unas mismas personas, los hará ménos odiosos á los infieles. En todas las cosas debemos ser atentos y humildes, como conviene, á los siervos de Dios, y acomodarnos al tiempo, procurando siempre la paz del pueblo. Saludad á todos nuestros hermanos: el Diácono Victor, y los que están en mi compañía os saludan. Ep. 5.

En esta carta se debe advertir quánta era la devocion de los Christianos de aquel tiempo al sacrificio de la santísima Eucaristía, supuesto que los Sacerdotes iban á celebrarle hasta en las mismas cárceles, por no privar á los Confesores, que estaban entre grillos y cadenas, de este celestial consuelo, y al mismo tiempo se puede observar, que en los casos de necesidad se celebraba con poco aparato y solemnidad; bien que por lo ménos, era asistido el Sacerdote del ministerio de un Diácono.

II. En la carta escrita á Sergio, Rogaciano y otros Confesores del Señor que se hallaban en prisiones, dice asimismo, que se alegraria mucho de gozar de su presencia, si el estado de las cosas se lo permitiera, y despues dice el Santo: *» ¿Qué me pudiera suceder en este mundo que fuese para mí  
» de mayor contento, que el abrazar esas puras manos que  
» tan generosamente habeis negado á hacerlas instrumentos del  
» culto impío de la idolatría, y besar esas bocas que han con-  
» fesado en altas y claras voces el nombre de Jesuchristo? »* Prosigue exhortándolos con la mayor energía á la perseve-

rancia , con la esperanza segura de los bienes eternos ; y despues añade : „ Venturosas son tambien las mugeres que están  
 „ con vosotros ; porque elevándose sobre la debilidad y flaqueza de su sexô , han dado tan ilustre exemplo á las demás mugeres. Mas para que nada falte á vuestras glorias,  
 „ os ha dado Dios por compañeros hasta los niños.... Seguid  
 „ en todo el camino que el Presbítero Rogaciano os va enseñando con su exemplo. Ese generoso Confesor , que siempre moderado y pacífico , ha sostenido juntamente con Felicísimo , nuestro hermano , los esfuerzos de un pueblo furioso y desenfrenado , y fué el primero que entró en la prisión , para disponeros de parte de Dios el hospedage.” Ep. 6.

III. En otra carta , escrita á los Sacerdotes y Diáconos , les manifiesta el deseo que tenia de volver á verlos , pero que teme irritar la crueldad de los infieles ; y les asegura , que volverá al punto que le digan que ya están todas las cosas mas pacíficas , ó quando el Señor le dé á entender esto mismo en alguna revelacion. Entretanto les encomienda el cuidado de las viudas , de los enfermos , y de todas las personas pobres , en especial de los extrangeros. „ Dadles de los bienes de mi fondo que yo dexé en casa del Presbítero Rogaciano ; pues temiendo que el fondo primero se haya concluido , le he enviado otra cantidad por mano del acólito Narico.” Ep. 7. Pam. 3.

Este fondo que aquí señala San Cipriano , como propio suyo , pudiera muy bien ser el caudal de la pensión que la Iglesia le daba para su sustento , como correspondia á su mismo Obispo ; pues el rico patrimonio del Santo todo se habia distribuido á los pobres á los principios de su conversion.

Durante la misma persecucion de Decio , el Clero de Roma que gobernaba la Iglesia *sede vacante* , envió carta al Santo y á sus Clérigos de Cartágo por mano de Clemencio , Subdiácono de esta misma Ciudad , que habia ido por entónces á Roma , y decia así : hemos sabido el retiro del

bienaventurado Papa Cipriano , y siendo una persona tan venerable , no dudamos que se habrá retirado , por razones muy poderosas ( en aquel tiempo se daba á todos los Obispos el nombre de Papa , que significa Padre , y ahora se da por excelencia á solo el Sumo Pontífice ). Era la carta una exhortacion , para confirmar en la fe perseguida aquellos Clérigos , encargándoles que sostuviesen al pueblo , y para animarlos mas les proponian el exemplo de constancia que la Iglesia principal estaba dando , como lo podrian saber de los que iban y venian desde Cartágo á Roma , pues estos podian contar que habian convertido á muchos , quando ya los llevaban al capitolio á sacrificar. Esta Iglesia , les decian , permanece firme en la fe , no obstante que algunos han caido , ó por respetos humanos , deseando conservar su dignidad , ó por temor , al verse presos y encarcelados : á todos estos los hemos separado de nuestra comunión , mas no los abandonamos del todo , temiendo que empeoren. Esto mismo debeis hacer vosotros , para que animando el valor de los que una vez se rindiéron , si llegan otra vez á verse encarcelados , confiesen el nombre de Jesuchristo , y reparen la primera falta. Si quando se ven enfermos se arrepienten , y piden á la Iglesia la comunión , es preciso atender á sus deseos (1). Á las viudas , á los afligidos , á los que no se pueden sustentar , á los encarcelados , y á los que han sido despojados de sus casas todos los deben socorrer : tambien se debe asistir , esto es , bautizar á los Catecúmenos que enferman , para que no vean frustradas sus esperanzas ; todavia añaden , como punto de la mayor importancia , el cuidado con la sepultura de los Mártires , no solo para no desalentar á los fieles , si ven que se quedan insepultos los que han honrado la Iglesia con su confesion,

(1) Aquí se debe advertir como con el exemplo y la doctrina reprimen los Presbíteros de Roma el excesivo rigor de la Iglesia de Cartágo para que jamas se niegue á los moribundos la reconciliacion : en lo que

se ve claramente que la cabeza de las demás Iglesias en todo tiempo ha cuidado de las otras : corrige la determinacion de negar á algunos la paz en la muerte.

sino tambien por el respeto con que se guardaban las reliquias de los Santos. Concluye con saludar á todos de parte de los que estaban en prisiones por la fe, y en nombre de toda la Iglesia; y como á la Iglesia de Roma pertenece confirmar á todas las otras, que es lo que Jesuchristo mandó á San Pedro, les dicen que envíen esta misma carta, aunque sea con un expreso, á todas las Iglesias á quienes puedan comunicarla. Ep. 8. Pamel. 2.

No tenemos la respuesta de San Cipriano á esta carta del Clero de Roma; tambien se ha perdido la del Clero de Roma, en que ponian en noticia de este Santo la gloriosa muerte con que habia coronado su carrera San Fabian Mártir, y sumo Pontífice: y la respuesta de San Cipriano empieza así: Hasta ahora solo sabiamos por las confusas voces de la fama, la muerte de este hombre santo; mas con la carta que me entregó vuestro Diácono Clemencio, quedo plenamente instruido y muy gozoso de que haya concluido con tanta gloria una administracion tan pura. Despues dice: Tambien he recibido otra carta, en la qual no veo noticia de la fecha, ni el nombre del sugeto á quien se dirige; y porque al mismo tiempo la Escritura, el contenido y el papel me han hecho dudar que hayan mudado alguna cosa, os la remití original, para que reconozcais si es la misma que me escribisteis; pues seria muy sensible que las letras eclesiásticas fuesen falsificadas: haceos cargo, y procurad avisarme sobre este punto. Ep. 9. Pamel. 4.

De esta advertencia de San Cipriano se colige que ya en Roma habia cierto estilo y señales para que no pudiesen falsificar las letras ó cartas; ó bien que debian observarse ciertas formalidades que eran de grande importancia en los rescriptos, aunque en el tiempo de persecucion, como era el presente, pudieron los Clérigos usar de particulares arbitrios, para no exponer al ludibrio las doctrinas de la Iglesia, si los Gentiles interceptaban las cartas de los Obispos y Pontífices.

El dia 16 de Abril de 250 entró en Cartago el Procónsul

de Africa, y empezó la persecucion á ser mas cruda y rigurosa: ya no se contentaban como ántes los Gentiles con aprisionar y desterrar los Christianos: los tormentos, los azotes, las uñas de hierro, y las hachas encendidas para abrasar vivos á los Mártires, todo se puso por obra: ya no se mortificaban los cuerpos, se rasgaban las llagas. Con el motivo de la generosidad con que Mapálico le dixo al Procónsul entre los tormentos la vispera de su martirio: *mañana verás el combate*: emplea San Cipriano la grande copia de su elequencia para pintar la crueldad de la persecucion, y la gloria de este santo Mártir en una carta á los Mártires y Confesores, que empieza: „Ya mi alegria prorrumpe en exultacion, valerosos y felicísimos hermanos, desde que llegó á mi noticia  
„ vuestra fortaleza, y vuestra fe. Esta gloria tenia ya la Iglesia, quando por la confesion de Jesuchristo recibisteis la pena del destierro, mas ahora es tanto mayor la honra que la resulta de esta misma confesion, quanto es mas excelente  
„ vuestra paciencia y vuestra constancia en los tormentos. Al paso que ha crecido la pelea, se ha aumentado la gloria de los combatientes. No os hizo retirar la vista de los tormentos, ántes los tormentos mismos os encendieron en deseo de proseguir en la pelea con mayor fortaleza y prontitud de corazon. Exclama despues con unas palabras, que la Iglesia ha colocado en el oficio divino: ¡Con qué elogios os alabaré, hermanos míos fortísimos! ¡con qué expresiones podré yo exornar dignamente lo animoso de vuestros corazones, y vuestra perseverancia en la fe! Vosotros habeis sufrido hasta coronaros de gloria el mas duro exámen del tormento. No os rendisteis á las penas, ántes bien las mismas penas se confesaron rendidas á la constancia de vuestra fe; y las coronas victoriosas diéron á vuestros dolores el fin que no conseguiron los tormentos. La crueldad de los verdugos no se detuvo para conquistar la fe, que siempre estaba firme: solo consiguió enviar los hombres de Dios, quanto mas ántes, á su ver-

„ dero Señor. El grande concurso de los que se hallaban pre-  
 „ sentes, estuvo viendo con admiracion la batalla celestial, la  
 „ batalla espiritual, la batalla de Jesuchristo. Quando se pre-  
 „ sentaron sus siervos, no titubeaba su voz, ni se turbó su en-  
 „ tendimiento: su valor era divino; porque desnudos de las ar-  
 „ mas materiales, estaban armados los creyentes con el escu-  
 „ do de la fe. Los atormentados tenian mas vigor que los ver-  
 „ dugos, y los miembros rasgados y despedazados con uñas de  
 „ hierro, vencieron la dureza de las mismas uñas con que ras-  
 „ gaban sus carnes: las heridas, por largo tiempo reiteradas, no  
 „ pudieron derribar aquella inexpugnable fe, aunque roto ya  
 „ el natural enlace de las entrañas, no atormentaban al Már-  
 „ tir en los miembros, sino en sus propias heridas.” Prosigue  
 „ despues, y volviéndose á Jesuchristo, dice: „; Qué alegre  
 „ contemplo á Jesuchristo!; qué contento peleó y venció en  
 „ unos siervos tan generosos el protector de nuestra fe!... El  
 „ fué el que dió valor, ánimo y fortaleza á sus soldados y con-  
 „ fesores de su santo nombre; pues aquel Señor que una vez  
 „ triunfó en sí mismo de la muerte por salvarnos, es el que  
 „ siempre vence en cada uno de nosotros. El nos dixo, que  
 „ quando nos llevasen á los Tribunales, no estudiásemos pala-  
 „ bras que decir á los Jueces, porque el Espíritu Santo habla-  
 „ ria por nosotros. Esta verdad se ha hecho patente en el ac-  
 „ tual combate: una voz llena del Espíritu Santo salió de la  
 „ boca del Mártir, quando el bienaventurado Mapálico dixo  
 „ entre sus tormentos al Procónsul: *mañana verás el certa-*  
 „ *men.* Cumplió Dios al dia siguiente lo mismo que él pro-  
 „ nunció en testimonio de su valor y de su fe.” Sigue ani-  
 „ mando con este exemplo á los Christianos que estaban en las  
 „ cárceles, y les dice: „Yo deseo con ansia, y os exhorto á que  
 „ sigais á tan venturoso Mártir, y á los que le acompañaron  
 „ victoriosos, sufriendo con paciencia las penas, y triunfando  
 „ de los tormentos, para que la misma corona honre en el cie-  
 „ lo á los que juntó en la tierra el mismo vínculo de la fe, y

„ el horrible hospedage de una misma cárcel; y para que en-  
 „ jugueis las lágrimas de vuestra madre la Iglesia (que llora  
 „ la ruina y muerte espiritual de tantos hijos) con la alegría  
 „ que la dan vuestras victorias. Si os llama á la batalla, si os  
 „ llega el dia del combate, pelead con fortaleza y constancia,  
 „ considerando que batallais á la vista del Señor, y que con  
 „ la confesion de su nombre habeis de llegar á su gloria. No  
 „ es Jesuchristo como un Rey que solamente está mirando co-  
 „ mo pelean sus soldados: es un Dios, que al mismo tiempo  
 „ está peleando dentro de nosotros: siempre nos acompaña; y  
 „ en el combate en que vencemos, se corona él mismo junta-  
 „ mente con la corona que nos ciñe.” Aquí merecen atencion  
 „ particular las palabras que se siguen, porque nos dan á enten-  
 „ der quanta era la luz de la fe, y llama de amor divino que  
 „ ardía en aquellos Christianos, los que viéndose ya en la cár-  
 „ cel, tan lejos estaban de sentir su pena, que solamente los ator-  
 „ mentaba el recelo de que podria tener fin la persecucion,  
 „ ántes que llegase el dia de su martirio; y así los consuela San  
 „ Cipriano, advirtiéndoles que sus ansias tendrían, en todo  
 „ caso, el mismo premio. Dice, pues: „Si la divina benignidad  
 „ dispone que sobrevenga la paz, ántes que llegue el dia de  
 „ vuestro combate, siempre teneis á vuestro favor la firmeza de  
 „ la voluntad, y una conciencia gloriosa. Ninguno de voso-  
 „ tros se contristó, contemplándose inferior á los que por ha-  
 „ berle precedido en los tormentos, vencido y pisado el mun-  
 „ do, llegaron al Señor por tan glorioso camino. El Señor es-  
 „ cudriña los corazones, y ve lo mas arcano y oculto de nues-  
 „ tros deseos. Para merecer la corona que da Dios, basta el  
 „ testimonio del que nos ha de juzgar. Uno y otro estado es  
 „ ilustre y sublime: es el mas seguro llegar presto á nuestro  
 „ Dios consumada la victoria; pero es cosa mas alegre el recibir  
 „ el estipendio propio de la verdadera gloria, y permanecer en  
 „ la Iglesia, dignos de las alabanzas que se han merecido. ¡Oh  
 „ bienaventurada nuestra Iglesia, á la que tanto se digna de

» honrar nuestro Señor, y que brilla en nuestros dias con el glorioso lustre que la da la sangre de tantos Mártires! La que antes resplandecía blanca con las inocentes obras de nuestros hermanos, ahora luce purpurada con la sangre de sus Mártires: de este modo es un ramillete de flores, al que ni le falta lo cándido de las azucenas, ni lo rubicundo de las rosas." Concluye con animarlos de nuevo, y con suplicarlos que le tengan en su memoria. Ep. 6. Pamel.

Con el motivo del cisma de los Novacianos, y de las diligencias que estos practicaban para ser admitidos en la comunión de algunas Iglesias, escribió San Cipriano á Antoniano, Obispo de Numidia, que empezaba á rendirse por las cartas de Novaciano, cuya comunión no habia admitido al principio por no separarse del Pontífice San Cornelio, que se la habia negado en Roma, y preguntaba qual era la heregia que habia inventado este hombre, y al mismo tiempo queria saber la razon de haber comunicado San Cornelio con Trofimo, y otros que habian incensado á los ídolos en la persecucion. La respuesta de San Cipriano fué decirle desde luego: „Que los hombres graves que llegaron á fundarse en la solidez de la piedra, no debian moverse, ni titubear, no digo con pequeños vientos, ni con las mas violentas tempestades. Le da despues la razon de la diferente conducta que habia observado la Iglesia acerca de los Apóstatas. En lo mas fuerte de la persecucion, dice, se les negaba la reconciliacion, como no fuese en el extremo peligro de la vida, para animarlos de este modo á volver al combate. Pero que sosegada la persecucion, así el Concilio de Africa, como el de Roma, habian concedido la reconciliacion á los que primero habian cumplido una penitencia seria segun las distinciones señaladas en los Cánones que se dispusieron en aquellos Concilios. Explica el mérito del Papa Cornelio, la regularidad de su eleccion, y rebate las calumnias con que le habian ofendido los Cismáticos. Advierte, le dice, que todos nuestros com-

» pañeros han reconocido con la mayor certidumbre la falsedad con que le agravian, diciendo, que es libelático, ó que ha comunicado con los Obispos que sacrificaron á los ídolos. Acerca de Trofimo debes saber, que una gran parte del pueblo que se habia separado de la Iglesia con él, no hubiera vuelto á ella sin él; pero este los traia consigo á la reconciliacion, con grande humildad y satisfaccion completa. Deliberó Cornelio el punto con muchos Obispos, y Trofimo fué recibido, mas no á la clase de Obispo, como lo han escrito los maliciosos, sino solamente á la comunión de los legos.

» En quanto á lo que te han dicho de que Cornelio comunicó indiferentemente con los que han sacrificado á los ídolos, tambien es un rumor falso, inventado por los Apóstatas. Es verdad, que si á alguno le sobreviene enfermedad grave, se le socorre en el peligro segun lo determinado; pero despues que se le ha dado la paz en estos términos, no podemos nosotros ahogarle con nuestras propias manos, ni obligarle á que precisamente muera por haberle recibido á la comunión como moribundo. Despues pone los diferentes grados de culpa, en los que habian caido en tiempo de la persecucion. No es razon, dice, igualar al que desde luego se presentó voluntariamente al abominable sacrificio, con aquel que despues de haber resistido y combatido por mucho tiempo, se vió en una especie de necesidad: aquel que se entregó con todos los suyos, con el que se expuso al peligro con todos, poniendo en seguro su muger, hijos y familia: aquel que hizo cómplices de su delito á sus amigos ó huéspedes, y al que no los descubrió, y recibió en su casa muchos hermanos, y les ha dado acogida, ofreciendo al Señor muchas almas vivas y santas que oran por la suya.

» En quanto á los que han recibido libelo (1), pueden

(1) Quando los Christianos se veían oprimidos de la cruel persecucion de Decio, hubo muchos que

para no ser arrastrados á los altares, redimian con dinero la vexacion, tomando un salvo conducto de

» decir : Yo solamente habia leído , ó habia oído predicar al  
 » Obispo , que de ningun modo era lícito sacrificar á los ído-  
 » los ; mas temiendo executar lo , y ofreciéndose la ocasion de  
 » tomar un libelo , es verdad que fui al Magistrado , ó en-  
 » cargué á otro que fuese por mí , y que le dixese , que yo  
 » era Christiano , que no me era permitido sacrificar , ni lle-  
 » garme á los altares del demonio , y que así daba dinero pa-  
 » ra que no me pusiesen en ocasion de practicarlo.

» Ahora , pues , continúa San Cipriano , este mismo hom-  
 » bre , quando le hemos llegado á enseñar , que no debia ni  
 » haber tomado libelo , llora , se lamenta , y protesta que su  
 » pecado mas fue de ignorancia , que de malicia ; y promete  
 » para en adelante tener mas fortaleza. Si nosotros no admiti-  
 » mos esta especie de penitentes , los exponemos á que el de-  
 » monio al instante los precipite en la heregía ó en el cisma,  
 » con sus hijos y mugeres , cuya conservacion está á su cargo.  
 » Los Estoycos se gobiernan por otras máximas , porque dicen  
 » que todos los pecados son iguales , y que un hombre grave  
 » y serio no debe dexarse doblar fácilmente ; mas los Chris-  
 » tianos están muy distantes de los filósofos : esto lo dice , por-  
 » que Nobato habia profesado la filosofia estoyca. Se ha de

las Justicias Romanas , á este llama-  
 ban libelo , y á los que le recibian  
 libeláticos. En el libelo constaba que  
 aquel cuyo nombre se expresaba ha-  
 bia cumplido los impjos decretos del  
 Emperador , aunque en realidad no  
 era así ; mas como en la ocasion de-  
 bieran confesar altamente la fe , y  
 recibir un libelo que contenia una  
 especie de condescendencia con la  
 idolatria , era avergonzarse de Jesu-  
 christo , y faltar en lo exterior á la  
 fe : toda la Iglesia reconoció que  
 era ilícito tomar un libelo para no  
 verse en el peligro de confesar la  
 fe á costa de los tormentos y la  
 misma muerte. Todos los libeláticos

fueron puestos en penitencia , y se-  
 parados de los otros hasta haberla  
 cumplido ; mas ninguno recibia la  
 seguridad de parte de los infieles  
 sin haber ofrecido por la suya otro  
 libelo , prometiendo el precio seña-  
 lado al arbitrio de los Gentiles. El  
 libelo que presentaban los Christia-  
 nos nos le conservó San Cipriano en  
 su carta III á Antoniano , en estas  
 palabras : *Ad Magistratum veni  
 vel alio eunte mandavi. Christianum  
 me esse : sacrificare mihi non  
 licere : ad aram diaboli me venire  
 non posse : dare me ob hoc premium  
 ne faciam quod non licet.* Esta es la  
 fórmula del libelo ofrecido.

» terminado , pues , exáminados los casos particulares , que los  
 » Libeláticos sean admitidos desde ahora ; pero que los que  
 » han sacrificado , sólo sean socorridos en la hora de la muerte.

» En quanto á lo demas no hay porque temer , que esta  
 » indulgencia disminuya el nombre de los Mártires , pues no  
 » dexa de haber vírgenes y continentes , aunque la Iglesia re-  
 » cibe á la penitencia los adúlteros. Es verdad que ha habido  
 » algunos Obispos de esta provincia en otro tiempo , que les  
 » cerraban enteramente la entrada de la penitencia , mas estos  
 » mismos no llegaron al caso de separarse de los otros. Sin  
 » romper el lazo de la concordia arreglaba cada Obispo su con-  
 » ducta , como que habia de dar cuenta á Dios.

» En quanto á los que no dan señales algunas del dolor  
 » de sus pecados con testimonios manifiestos , hemos sido de pa-  
 » recer de quitarles toda esperanza de comunion en la Iglesia,  
 » si llega el caso de empezar á pedirla quando llegue la en-  
 » fermedad , porque entónces no es el arrepentimiento el que  
 » urge , sino el temor de la muerte ; y no merece recibir con-  
 » suelo en la muerte , el que no pensó en la vida que habia  
 » de morir. Esta era la disciplina de la Iglesia de Cartágo ,  
 » y el demasiado zelo de aquellos Padres que todavia los Nova-  
 » cianos acusaban de relajacion (1). Siendo un exceso de rigor

(1) Fué dura sentencia de S. Ci-  
 priano , y no tiene mas disculpa que  
 el haberle parecido que pedia todo  
 este rigor de negar la reconciliacion  
 en la muerte : por una parte el con-  
 tener de todos modos á los que en  
 tiempo de persecucion pudieran ser  
 fáciles en caer , si veían que se  
 conseguia con facilidad la comunion,  
 y por otra el haber creído que no  
 procedian en la hora de la muer-  
 te las lágrimas de una penitencia  
 verdadera , sino falsa : al fin no ha-  
 bia llegado el caso de definirse que  
 á nadie se le debe negar en aquella  
 hora la penitencia , por mal que ha-

ya vivido , si la pide con demos-  
 traciones de dolor , así se lo escri-  
 biéron desde luego los Presbiteros  
 de Roma , por ser esta la Iglesia que  
 debe corregir á todas. Mas despues,  
 Leon Papa en la carta LXXXIX,  
 y Celestino primero en la carta I  
 á los Obispos de Francia definiéron  
 lo contrario , y resolvieron que no  
 se puede negar la penitencia á nin-  
 gun pecador que vive en la Iglesia,  
 en la hora de la muerte , y se ha de  
 conceder la reconciliacion á los que  
 la pidiesen , aunque sea en las ur-  
 gencias de la enfermedad.

que fué preciso le contuviese despues la Iglesia : los que vi-  
 ven sin caridad , son los mas crueles ; cada dia vemos en los  
 malos Christianos verificada esta sentencia. Continúa San Cipriano , y dice : « En quanto á la pre-  
 gunta que me haces sobre la heregía que ha introducido  
 Novaciano , quiero que entiendas , que no debemos ocupar-  
 nos en la curiosidad de saber qué es lo que enseña , supuesto  
 que enseña fuera de la Iglesia. No hay mas que una Igle-  
 sia de Jesuchristo , dividida en muchos miembros por Jesu-  
 christo en todo el mundo , y unida en la concordia con su  
 cabeza ; pero este , despues de la institucion de Dios , hace  
 sus esfuerzos por establecer una Iglesia puramente humana,  
 y envía sus nuevos Apóstoles para que en muchos pueblos  
 diferentes pongan fundamentos nuevos ; y siendo así que hay  
 muchos dias há en cada provincia Obispos legítimamente or-  
 denados , venerables por su edad , por la integridad de su  
 fe , y por su constancia en la persecucion , todavia se atreve á  
 crear otros falsos Obispos : esto es lo que escribia San Ci-  
 priano á Antoniano. » Ep. 2. l. 4. Pamel.

Con la ocasion de haber depuesto un Concilio de noventa  
 Obispos al Herege Privato , que habia sido Obispo de Lambesis , en Numidia , ordenó falso Obispo de Cartágo á Fortunato , uno de los cinco Presbíteros que un año ántes habian sido arrojados de la Iglesia : de este modo hicieron un cisma que arrastró á otros muchos. Fortunato envió á Roma sugeto que pidiese la comunión con la santa Sede , como Obispo de Cartágo : la cabeza de esta legacion ó embajada fué Felicísimo , enemigo antiguo de San Cipriano , y autor del cisma. El santo Doctor habia escrito á San Cornelio Papa , mas no llegó su carta ; y quando se presentó Felicísimo , á quien no quiso San Cornelio dar audiencia , ántes bien le arrojó de la Iglesia con valor sacerdotal y apostólico , escribió á San Cipriano una carta llena de caridad y zelo , quexándose de no haber recibido aviso de su parte ; porque no habia llegado á Roma todavia el

a cólito Feliciano , que llevaba la carta del santo Doctor : recibida la carta del santo Pontífice , le respondió en estos términos : « Si sucediera que la audacia y temeridad de los malos se hiciese temer , y lograsen por su insolencia , lo que no pueden conseguir por el camino de la justicia , se acabó el vigor episcopal , y el poder sublime y divino del gobierno de la Iglesia. Porque los Gentiles y Judíos por una parte nos amenazan , y por otra los Hereges , y todos aquellos que se hallan en poder del demonio , manifiestan su rabia y enojo en furiosos discursos. No obstante , nunca se debe ceder ; ni creer que el enemigo , porque tiene tanto poder en el siglo , es mas grande que nuestro Señor Jesuchristo. No debemos parar la consideracion en las amenazas de los Gentiles y Judíos , ¿ qué mucho que estos nos hagan traicion ? No debe ser para nosotros motivo de vergüenza y confusion sufrir injurias de nuestros hermanos , pues las sufrió Jesuchristo , ni para ellos es ocasion de gloria y alabanza , hacer lo que Judas ha executado primero. Prosigue : Las heregías y los cismas todos han nacido de la falta de obediencia al Pontífice de Dios , y de no pensar que hay en la Iglesia un Obispo visible , y un Juez temporal que tiene lugar de Jesuchristo. Sinó hubiera estos hombres no se hallaria quien , despues del juicio de Dios , la aceptación de los pueblos y el consentimiento de los otros Obispos , se hiciese Juez , no ya del Obispo , sinó del mismo Dios ; á no ser que haya alguno tan impío y tan insensato , que crea y se persuade á que un Obispo se hace sin el juicio de Dios ; quando este Señor nos dice , que un pajarito no cae al suelo sin su voluntad. Hay Obispos que no están creados por voluntad de Dios ; pero estos son aquellos que se hacen fuera de la Católica Iglesia. El mismo Señor sufrió que muchos le abandonasen , retirándose de su compañía ; y se contentó con decir á sus Apóstoles : ¿ y vosotros quereis iros tambien ? Mas S. Pedro , sobre el qual habia edificado Jesuchristo su Iglesia , respondió por todos : Señor , ¿ á quién hemos de ir , si solo